

EL JINETE DE LAS ESTRELLAS

3º- 5º

<https://ideaswaldorf.com/armonia-de-las-estrellas/>

Oscuras nubes de tormenta cubrían el cielo nocturno. Un viento violento azotaba a rachas la lluvia fría contra la tierra. Era en las semanas de **Adviento**. De vez en cuando, cuando las nubes se rasgaban en jirones, brillaba por momentos un pálido resplandor y dejaba que los contornos de las colinas cercanas y de las negras montañas en la distancia sobresalieran espectralmente. En un sendero estrecho que serpenteaba solitario a través del páramo entre Crossmolina y Bangor Erris, un jinete nocturno luchaba con la tormenta, la lluvia y la oscuridad por el camino, que entre zonas pantanosas y hoyas del páramo desaparecía una y otra vez ante sus ojos.

Durante largos trechos vagaba sin rumbo, y sentía cómo sus fuerzas flaqueaban. Ya hacía un rato que el jinete había soltado las riendas, pues notaba que el caballo, como instintivamente, evitaba los lugares peligrosos y volvía a encontrar el camino una y otra vez. A veces la huella se perdía en el oscuro suelo del páramo. Cuando el jinete temía que el caballo pisara una negra hoyo del páramo, tiraba de repente de nuevo convulsivamente de las riendas. Sabía que en tales hoyas hombre y caballo podían hundirse sin más. La gélida lluvia, mezclada con aguanieve, le golpeaba en el rostro y le había entumecido las manos. Era casi medianoche. De no haberse extraviado, habría llegado a Bangor hacía horas. El jinete estaba cerca del agotamiento, y el pensamiento cruzó por su mente: *"si perezco en este páramo, ningún hombre encontrará jamás mi tumba. Habré desaparecido de la faz de la tierra – hundido jinete y caballo y enterrado como un héroe de la antigüedad"*.

Una extraña y obstinada ecuanimidad se había apoderado de él, mientras el caballo, sin desanimarse, resoplaba y luchaba. De repente, cuando un telón de nubes se rasgó ligeramente, le pareció que un pequeño sendero secundario conducía a una colina. Al mirar hacia arriba, vislumbró un tenue destello de luz que solo podía provenir de una morada humana. El caballo olfateaba un refugio protector, pues, sin indicación alguna, subió por el sendero lateral. Cuando el jinete se acercó a la luz, percibió a través del bramido de la tormenta un ladrido lastimero y apagado de un perro. Se perfilaba una pequeña casa con techo de paja. La luz provenía de la ventana cuadrada.

"¡Gracias a Dios!" se le escapó de los labios al jinete. *"Donde hay luz, hay gente, hay calor y un lecho seco."*

El perro no parecía acostumbrado a hacer guardia en esa soledad. Cuando el jinete detuvo su caballo y desmontó, se le acercó olfateando y gimiendo.

Una pequeña portilla de madera del patio había sido arrancada por el viento de la tormenta. El jinete entró, mientras el caballo se dirigía a un montón de heno que se había apilado allí fuera en verano. En el tenue resplandor nocturno, la oscura puerta se recortaba en la blanqueada pared de la casa. El jinete se dirigió a ella y llamó. Por un momento le pareció oír voces apagadas. La madera crujió, y

ante el haz de luz que salía del interior apareció la figura oscura de un campesino que bloqueaba la entrada. El forastero suplicó:

-"Permitidme entrar y refugiarme en vuestra casa esta noche. Me he extraviado en la tormenta de camino a Bangor Erris."

Para sorpresa del suplicante, el campesino no se movió del umbral. Examinó con la cabeza un poco inclinada al forastero y su ropa elegante. Por un momento solo se oyó el crepitar de la lluvia. Pero entonces la figura en el marco de la puerta retrocedió, cerró la puerta a medias y dijo con voz contenida:

-"Señor, ¡no es posible! Mi estrecha cabaña está llena. A un señor tan distinguido como usted no puedo acogerlo de todas formas en mi pobre estancia durante la noche. Si cabalga de nuevo colina abajo hasta el caminito del valle y continúa por allí hacia la izquierda, en unas horas estará en la posada de Belderg. ¡Buen camino!"

Con eso, cerró de golpe la puerta, y el jinete oyó cómo corría el cerrojo. Allí se quedó, en la oscuridad, en el frío. En su mano, que colgaba, sintió de repente el hocico caliente del perro, que evidentemente lo había aceptado como amigo, ya que su amo había hablado con él. Con la decepción lo invadió su miserable agotamiento. Ciertamente, si ahora cabalgaba más lejos, sus fuerzas lo abandonarían. No sobreviviría esta noche. Y entonces algo se rebeló en su interior:

-¿Cómo puede este campesino negar a un forastero extraviado el derecho de hospitalidad nocturna con semejante tiempo? ¡Debe saber de los peligros del camino del páramo en una noche de tormenta así! – ¡No, no voy a dejar que me echen así!

Enfurecido, palpó por un momento el arma que llevaba en el pecho bajo la chaqueta.

-¡No, debo hablar con él de nuevo, aunque tuviera que echarme en la ceniza; estas paredes me salvan la vida!

Le dio la vuelta al látigo de montar y golpeó con la empuñadura en los tablones de roble. Desde dentro se oyó el grito de una voz de mujer. La puerta se abrió de golpe. De nuevo, la figura oscura apareció en el marco. Una voz airada increpó al perturbador del descanso:

-"¡He dicho que no es posible! Tengo mis razones para no acoger a nadie en mi casa. ¡Precisamente no en "esta noche!"

Con estricta dignidad, el forastero le respondió ahora:

-"¿Queréis cargar en vuestra conciencia la vida de un hombre en "esta noche"? – ¡Dadme el rincón más pequeño en el suelo de vuestra cabaña! Me conformo con eso. – ¡Os lo ruego por la santa Virgen y por Brígida! ¡Dejadme entrar!"

Había algo en la súplica del forastero que quebró la ira del campesino. Sus brazos, que había apoyado en el marco de la puerta, se deslizaron suavemente hacia abajo. Luchaba consigo mismo. Las palabras salían a trompicones:

- "Suplicáis por la Virgen... Pues escuchad: Mi mujer está dentro, con los dolores del parto de su primer hijo. Una pariente está con ella. Solo tenemos esta estancia y la única cama. Pronto será el momento. Pues bien, ¡entrad en nombre de la Virgen! – Detrás de la casa hay un cobertizo que da cobijo a mis dos vacas. Enseguida meteré allí vuestro caballo."

Con eso, el campesino le dio paso para entrar, condujo al forastero a la cálida y tenue habitación y le indicó un pequeño y bajo banco junto a la chimenea. El jinete percibió con una mirada fugaz, en la luz turbia, la cama en el rincón más alejado de la estancia y a una mujer vestida de negro que se inclinaba sobre ella. Le pareció oír un gemido contenido. Pero él se volvió hacia el fuego de turba, se sentó en el banco con el rostro vuelto y calentó sus manos entumecidas. En el aire cálido, sentía la fría y húmeda humedad de su ropa.

Cuando el campesino volvió a entrar y le hizo un gesto de asentimiento, el forastero susurró:

- "Voy a sacar algo seco de mi bolsa de viaje."

Pero el campesino ya había cogido una jarra de leche junto al fuego y le invitó:

- "¡Bebed antes algo de leche caliente, que sienta bien!"

Así que el helado jinete se sentó de nuevo y bebió ávidamente de la jarra. Le pareció que una nueva vida ardía en su interior. Se recostó contra la pared, cerró los ojos e intentó, por un rato, no oír los susurros y gemidos del fondo. A medida que la sensación volvía a sus miembros, notó que el agua le había entrado en las botas. Se levantó suavemente para coger la ropa seca que traía y salió al exterior. Fuera, un fuerte viento había desgarrado las nubes. La lluvia torrencial había cesado. El jinete se dirigió a la parte trasera de la casa, al cobertizo, donde encontró a su caballo echado en el suelo seco. Desabrochó la bolsa de viaje de cuero y, sentado sobre el flanco del caballo, se cambió de ropa lo mejor que pudo. Cuando quiso entrar de nuevo en la casa y ya tenía la mano en el pomo de la puerta, volvió su mirada una vez más al cielo, donde se habían hecho visibles las estrellas y una débil media luna se alzaba sobre la montaña, que pronto se pondría. Un pensamiento cruzó por el jinete:

- ¿Bajo qué estrellas vendrá al mundo este hijo de campesinos? Pues se había ocupado mucho de la astronomía durante toda su vida.

Mientras observaba el cielo, cada vez más despejado, y comparaba ciertas estrellas en su posición respecto a la luna, se sobresaltó. Desde el interior de la casa oyó justo entonces un grito. Abrió la puerta un resquicio y llamó con insistencia:

- "¡Campesino, salid aquí! ¡Debo deciros algo importante!"

Sorprendido, el interpelado asomó la cabeza y respondió:

- "¡Venid adentro, también podemos hablar en voz baja dentro!"

- "Vuestra mujer ha gritado. ¿Ha nacido ya el niño?"

- "No, lo está pasando mal; pero pronto nacerá. Los dolores del parto la oprimen mucho."

Entonces el forastero agarró al campesino por el pecho, lo sacó sobre el umbral, de modo que la puerta se cerró de golpe tras él, y exclamó:

- "¡Campesino, si os es querido el destino del recién nacido, intentad retrasar el parto! ¡La comadrona debe intentar por todos los medios que el niño no nazca hasta dentro de una hora!"

El campesino se liberó enérgicamente del agarre del forastero y retrocedió:

- "¿Pero qué le pasa, señor? ¿Ha perdido el juicio? Mi mujer ya sufre bastante. ¿Y no vamos a ayudarla? ¿Vamos a entretenerla?"

El jinete comprendió que para este hombre sencillo había ido demasiado lejos. ¿Cómo iba a explicarle ahora sus conocimientos sobre las estrellas?

Balbuceó:

- "Las estrellas del nacimiento están mal aspectadas y la luna irradia desgracia".

En ese momento, desde la casa se oyó un nuevo grito de dolor. El campesino se precipitó dentro. Un breve instante más, el jinete contempló fijamente las estrellas y susurró para sí:

"¡Si la luna estuviera "bajo" el horizonte!"

Cuando entró, reinaba el silencio en la habitación. Con una mirada fugaz creyó percibir cómo la mano del campesino acariciaba con ternura la frente de la parturienta. Se dirigió a su banco junto al hogar. Alguien le había dejado en un cuenco dos patatas calientes. Casi nunca en su vida le había sabido tan bien una comida nocturna como estas patatas con aroma ahumado.

Suavemente, se recostó contra la pared y estiró las piernas. Quería permanecer despierto, no perderse el momento del nacimiento y luego salir a examinar los astros. Pero todas las fuerzas alteradas por la fría y húmeda cabalgata y ahora el grato calor y el crepitar de la leña de roble que el campesino había echado en la chimenea, tejieron a su alrededor el manto del sueño. Su cabeza, apoyada en la pared, se le hundió sobre los hombros. Se durmió. Una vez se despertó sobresaltado: el agudo llanto de una voz infantil. Medio dormido, se le escaparon las palabras:

- "¡Ya está aquí!" Dos, tres veces, su cabeza se balanceó de un lado a otro, como si quisiera levantarse, pero al instante volvió a caer en un sueño profundo.

La luz del amanecer alboreaba a través de la pequeña ventana de la habitación y se esforzaba en ayudar a la lámpara de aceite, que seguía encendida, a iluminar el interior de la cabaña, cuando el jinete despertó. Sus miembros, medio reposando en el suelo, medio en el banco, parecían dislocados. Un llanto infantil persistente lo devolvió por completo a sí mismo. Recogió sus pies en posición acurrucada y miró a su alrededor. El campesino, que estaba sentado al lado de la cama de su mujer, había percibido los movimientos del forastero. Se acercó a él y habló con voz alegre:

- "¡Un niño sano, señor!"

Sin dar una felicitación, el forastero preguntó de inmediato:

- "¿Se había puesto ya la luna?"

- "Ay, señor, esta noche casi me infundió miedo. Sí, la verdad es que salí enseguida, cuando el pequeño nació. Solo asomaba aún medio cuerno de luna sobre la montaña. No llevabais mucho tiempo dormido. Lo principal: ¡madre e hijo están bien!"

El forastero volvió el rostro hacia un lado. Las sombras se posaron sobre sus ojos, y un profundo surco se marcó en su frente. El campesino notó que había palidecido. De repente, el señor se levantó, salió y volvió al cabo de un rato con su bolsa de viaje. Sacó de ella un estuche de cuero. Cuando lo abrió, le pareció al campesino que también había frasquitos y sellos dentro. La madre había cogido al pequeño al pecho, pero su mirada se fijó interrogante en el forastero, y la mujer de negro observaba fijamente lo que hacía, como si sospechara de magia negra.

Ahora el forastero arrancó un papel de un estrecho bloc de notas y comenzó a escribir en él con pequeñas letras. Cuando terminó, le pidió al campesino una nuez. Casualmente, había traído algunas. Con un cortaplumas abrió cuidadosamente una de las más grandes y la dividió en sus dos mitades. Se comió la nuez y limpió con el cortaplumas los restos de las membranas internas marrones. Ahora arrugó el papel escrito y lo introdujo en una de las mitades. Una cuerda roja de lino, como las que se usan también para los sellos, la anudó por ambos extremos y colocó el nudo en la otra mitad. De un frasquito sacó pegamento y pegó las dos mitades. Para que se secara, la puso cerca del fuego. Finalmente, habló:

- "Estaréis sorprendidos por lo que hago. Dejo esta nuez aquí para vuestro hijo. ¡Guardadla bien! Cuando en su séptimo año se le caiga el primer diente de leche, debéis enseñarle a llevar siempre esta nuez consigo, alrededor del cuello. No debe meterse en el agua con ella y nunca abrirla hasta su 21º cumpleaños. Entonces deberá romperla y leer lo que hay escrito dentro. De ello le llegará un gran consuelo."

El pequeño ciudadano del mundo, a quien la madre puso el nombre de "Liam", se había dormido plácidamente mientras mamaba la leche materna. Serio, el campesino miró ahora a los ojos del jinete forastero y dijo:

- "En nombre de la santa Virgen entrasteis. Seguro que en la cápsula hay palabras de bendición. Haré exactamente como dijisteis, señor, pues veo que vuestro corazón se ha interesado por el destino de nuestro hijo. Me parece que un buen ángel os ha enviado a través de la tormenta hasta nosotros. ¡Gracias! – Y aquí, bebed un poco más de leche y comed aún del cuenco de gachas, ¡vuestro camino es largo!"

El jinete tuvo que obligarse a aceptar la amable invitación. Habría preferido marcharse inmediatamente, para no verse envuelto en una conversación, pero no quería disgustar a su afortunado anfitrión. Bien veía que su alegría de padre era mayor que la sombra del futuro que él había tenido que proyectar. En silencio y con rapidez, engulló la avena y vació el cuenco de leche. El campesino no quiso dejar de acompañarlo fuera, de sostenerle el caballo mientras montaba, al que hacía un rato ya le había puesto un cubo de agua. El viento había amainado por completo. Las oscuras nubes se habían retirado a una lejana cadena montañosa. Un sol velado de diciembre extendía su rojizo resplandor sobre el terreno. Al trote, el jinete bajó por el sendero que conducía al camino del páramo. Las peligrosas hoyas de agua y ciénaga reflejaban el fuego del brillo de las

nubes. Unas gaviotas echaron a volar asustadas. Cuando el jinete volvió la mirada una vez más hacia atrás, vio la clara y pequeña casa de labranza. Un humo azulado se elevaba rizándose de la chimenea. ¡Imagen de paz, de felicidad! Detuvo el caballo y abarcó con mirada admirativa el paisaje rojizo; pero en su interior había quedado un dolor sabedor y nublabla la alegría de la contemplación. Pronto arreó su caballo al galope por el camino a Bangor Erris.

Habían pasado meses. Entre la presión de los negocios, la vivencia de la noche de tormenta se fue desvaneciendo para el jinete. Poco a poco cayó en el olvido, como tantas cosas en la vida se hunden.

Año tras año pasó por el país. El pequeño Liam crecía. También había tenido hermanos y una hermanita. Cuando el padre construyó una pequeña ampliación en la casa para los niños, el mayor traía piedra tras piedra. Ayudaba a rehacer el techo de paja, y era especialmente feliz cuando en primavera, por Pascua, se encalaba de nuevo la casa. Con ahínco, Liam ayudaba a cubrir con lechada de cal blanca las manchas oscuras del invierno. Cuando era aún pequeño, una vez le había preguntado a su padre:

-¿No se puede también pintar a la gente y ponerla blanca? ¡Entonces ya no necesitaré lavarme!"

Cuando ya tenía seis años, el padre le dijo:

-Liam, el próximo sábado nos levantamos temprano. Puedes ayudarme a llevar el cerdo al mercado para venderlo. Con lo que saquemos puedo pagarle al señor la renta de la parcela."

Liam no entendía lo que quería decir su padre. En su vida aún no había visto dinero. Era la primera vez que iba a una aldea y veía con sus propios ojos que en el mundo había otras casas. También había allí una casa gigantesca con una chimenea sin humo.

-¿Por qué hay una campana en la chimenea?" preguntó Liam.

-Porque es un campanario."

En una plaza había mucha gente y animales atados, y cuando la gente hablaba de los animales, movían las manos de forma tan extraña. A eso el padre lo llamaba "el mercado". Con asombro, Liam notó cómo el padre le daba el cerdo a otro hombre y a cambio solo recibía unos papelitos y tres discos pequeños y redondos y duros, ¡que ni siquiera se podían comer! En una casa, que el padre llamó "Oficina", volvió a dar los papeles. Luego entró con él a una gran estancia llena de maravillas para comer y contemplar. Todas estaban puestas en estantes o sobre el suelo. El padre cambió esos discos o monedas a cambio de comida y de velas.

El último tramo del camino a casa el padre lo llevó sobre sus hombros, pues ya no podía mantener el paso del cansancio.

Desde esta visita al mercado, Liam pensaba a menudo en que había muchas cosas en el mundo que él no conocía.

Una vez su padre le contó que en algún lugar había un gran cantidad de agua y esbeltas “casas” que navegaban sobre ella, y que el viento las empujaba.

Así despertó en Liam un leve anhelo de marcharse más tarde algún día a ver mundo.

Una tarde, la pequeña familia estaba sentada alrededor de la tosca mesa durante la comida de patatas. Cada uno de los niños recibía además un trozo estrecho y duro de corteza de pan. Cuando Liam mordió con fuerza el suyo, dio un respingo, se metió la mano en la boca y sostuvo el primer diente entre el pulgar y el índice; se lo había mordido y arrancado. Las lágrimas le brotaron en los ojos:

-“¡Ahora se me va a estropear la boca!” se quejó.

La madre lo consoló:

-“Te crecerá un diente mucho más grande y bonito. Y para que salga bien y te hagas grande y fuerte, tu padre te va a dar un regalo.”

Liam se sorprendió cuando el padre se levantó y sacó de la pared, sobre la chimenea, una piedra suelta. Metió la mano en la abertura y sacó como por arte de magia una bola redonda con una cuerda roja. Cuando el padre volvió a colocar la piedra, a Liam le pareció ver en ella una pequeña cruz grabada, a la que nunca antes había prestado atención.

-“Toma, Liam”, dijo el padre con voz grave, “esta nuez esférica te la cuelgo ahora al cuello. Debes llevarla día y noche y en todo momento. Cuida de que no se rompa nunca y mantén el agua lejos de ella. Te traerá suerte.”

Liam no sabía qué le ocurría. Su padre estaba tan solemne mientras le colocaba la cuerda roja al cuello. Sí, sin duda, cuidaría de que a la bola no le pasara nada.

Algún tiempo después, el padre le dijo a Liam:

-“Ahora ya eres lo suficientemente mayor para que tu madre te enseñe algunas letras, para que aprendas a leer y escribir. ¿Quieres?”

-“¿Son esos signos como gusanos que hay en el libro de oraciones de mi madre? Sí, me gustan, porque también hay dibujos bonitos.”

Siete años después, Liam se había convertido en un muchacho inteligente y fuerte. Ayudaba a su padre con todas las labores. Juntos colocaron el nuevo techo de paja. En el campo, el padre se alegraba cuando el mayor clavaba profundamente el arado en la tierra. El porche para el ganado lo habían ampliado juntos hasta convertirlo en un establo. Dentro había tres vacas y dos cerdos, y en el páramo pastaban unas veinte ovejas.

Liam tenía su dormitorio arriba, bajo el techo de paja, donde había metido tablones de madera con su padre. Cuando se acostaba por la noche en el jergón de paja, siempre cogía, como le había enseñado su madre, la cápsula entre ambas manos mientras murmurara su oración nocturna. Luego, a menudo, jugueteaba un rato con cuidado con la nuez y sentía sus finas estrías. Muchas veces la giraba hasta que la cuerda le ceñía firmemente el cuello. Últimamente, a menudo se había

preguntado de dónde venía. Cuando el padre se la quitó una vez del cuello y la examinó detenidamente para comprobar si el pegamento aguantaba bien, Liam preguntó de repente:

"Padre, ¿entonces nunca se puede abrir?"

Con unos ojos extrañamente serios, este respondió:

"Sí, dentro de siete años, ¡en tu 21º cumpleaños podrás abrirla!"

"Padre, ¿y quién la trajo?"

"¡El Jinete de las Estrellas!"

Liam notó que su padre no quería darle ahora más información, pues se levantó de repente y salió de la casa. Pero Liam se colgó de nuevo la enigmática nuez al cuello.

A finales del verano, durante semanas, llegó a la familia de campesinos un maestro ambulante, como los que entonces recorrían el país. Era un soldado retirado. No solo enseñó a Liam y a sus hermanos a calcular, leer y escribir, sino que también cantó canciones con ellos y supo contar muchas historias y leyendas de la antigüedad. Una y otra vez, Liam lo asediaba, cuando estaban solos, con preguntas sobre el mundo y las personas. Cuando el maestro ambulante se marchó de nuevo, Liam se había vuelto mucho más maduro y serio. El deseo de salir al mundo se había fortalecido en él.

Fue en una cálida tarde de otoño del año en que Liam iba a cumplir diecinueve años. Se dirigió, tras un duro trabajo en el campo, desde la cabaña a un pequeño lago de montaña situado a mayor altitud. En realidad, era una charca de agua del páramo, en la que él y sus hermanos se bañaban de vez en cuando. Junto a una piedra determinada, solía dejar su colgante. Hoy quería estar solo. Arrojó la camisa y los pantalones sobre el floreciente brezo. Se acercó al agua. El oscuro fondo de turba proyectaba un reflejo claro. La superficie yacía tranquila ante él. Liam contempló su propia imagen.

– "¿Ése soy yo?"

El cuerpo claro, bañado por el sol, le brillaba nítidamente. Abrió lentamente los brazos, los movió en diversos gestos y se divertía con los gestos reflejados del joven del agua, que hacía lo mismo. Pequeñas nubes blancas jugueteaban alrededor de su pelo rubio rojizo. Liam se arrodilló. Quería contemplar su rostro muy de cerca, mirar dentro de sus ojos.

Entonces la cápsula, que colgaba, tocó la lisa superficie del agua. Pequeñas ondas movieron y distorsionaron burlonamente su rostro en una mueca, de modo que tuvo que reír. ¡*Un salto elástico!* Se zambulló en su libro de imágenes distorsionado y nadó con vigorosas brazadas en la tibia agua del páramo. Se había olvidado de quitarse la nuez. Tras un breve baño, se tendió entre el brezo, cerró los ojos. Las abejas zumbaban. Olía a miel. Un leve cosquilleo en una rodilla le hizo abrir los párpados. Una mariposa revoloteaba, se quedaba quieta y volvía sus alas hacia el sol. Liam permaneció inmóvil. Ahora la colorida visitante voló y se posó, tras unos aleteos, sobre la cápsula de la nuez, justo ante los ojos de Liam. Sus alas estaban ribeteadas de negro y tenían motas de un rojo sangre. Suavemente, el joven, con el índice extendido, tentó a la mariposa. Le habría encantado

atraerla a su mano. Entonces ésta alzó el vuelo, trazó un círculo alrededor de su cabeza y desapareció.

El agua del estanque la había ablandado un poco. De repente, tenía dos mitades en la mano. Una bolita de papel rodó sobre su pecho. Eso no lo había querido. ¿Debía unir de nuevo las dos mitades y dejar que el pegamento se secara al sol? Vaciló y miró alrededor de la charca del páramo, hacia la landa. Pero allí reinaba la misma paz cálida y zumbante que antes.

- "En tu 21º cumpleaños puedes abrirla y leer", resonó en su oído interno la voz grave de su padre. Cogió la bolita. El calor le subió a la cabeza. Su pulso latía en el cuello y las sienes.

- "No es culpa mía que la cápsula no haya aguantado. ¿Será quizás la voluntad de Dios que se haya abierto? ¿Debo saber ya hoy qué secreto guarda?"

Con dedos temblorosos, comenzó a desplegar el papel, que tenía claros caracteres escritos. Se había incorporado de rodillas. Una mirada más, apresurada, sobre la charca y la landa. Comenzó a descifrar. Mientras leía, palideció. El horror se grabó en su rostro. Sus ojos se abrieron con mirada vidriosa y fija. La hoja se escapó de su mano temblorosa y se meció como una mariposa hasta caer al suelo a su lado. Un grito se escapó del pecho de Liam. Se arrojó hacia delante, clavó los dedos en el brezo, como si la tierra tuviera que darle ahora sostén, y entonces un violento sollozo sacudió su cuerpo. En sonidos medio ahogados, forcejeó:

- "¡No! – ¡N-o-o!" Luego, su cabeza se hundió en el brezo.

Liam se incorporó de golpe cuando de repente un escalofrío frío lo recorrió. Una nube había cubierto el sol. En la charca, una fresca brisa vespertina rizaba pequeñas olas. Una vez más, se inclinó sobre el papel amarillento, leyó de nuevo las terribles palabras:

- "Has nacido bajo estrellas fatídicas. Has de saber que en tu 21º cumpleaños serás ahorcado por un crimen, aunque seas inocente. Estas líneas sean tu consuelo en la noche anterior a tu muerte. Un hombre conoce tu inocencia – y Dios." C.B.

Sin tono, Liam susurró: *"El Jinete de las Estrellas..."*

Luego cogió las dos mitades que yacían en el brezo. Arrugó el papel formando una bola, la puso dentro junto con el extremo del nudo de la cuerda y apretó las mitades una contra otra con sus manos calientes y juntas. Así permaneció arrodillado un rato. Pensó en rezar, pero no encontraba las palabras. Las lágrimas corrían incontenibles por sus mejillas. Solo una frase del padrenuestro llegó a sus labios:

- "¡Hágase – tu – voluntad!"

El viento se había hecho más fuerte. La piel de Liam se enfrió. Lentamente, separó las manos. La cápsula aguantó y colgaba como antes de su cuello. Después de vestirse, su mano derecha, bajo la camisa, cogió la bola, para endurecer el pegamento con la mano caliente. – No, a casa no podía ir ahora. Así que comenzó a vagar sin rumbo por las colinas de la landa. El sol poniente doraba el terreno, las colinas. Hasta hoy, Liam nunca había experimentado que la belleza del mundo resplandeciente pudiera causar dolor, y de algún modo se alegró cuando comenzó a anochecer. Sin

camino ni rumbo, comenzó a vagar. Extraño, de repente estaba de nuevo junto al lago de montaña nocturno. Negro como el hollín yacía éste a sus pies, una oscura fosa del olvido. Se acercó mucho al borde, de modo que la tierra se desmenuzaba suavemente bajo sus pies.

"¡Oh, si pudiera extinguirme ahora como el lago! ¡Hundirme en el fondo del agua!"

Entonces divisó en el oscuro espejo dos puntos brillantes. – ¿Estrellas? Sí, arriba estaban las dos en el cielo, y poco a poco aparecieron otras. Ingenuamente, surgió en Liam la pregunta:

"¿Qué he hecho, estrellas, para que me castigéis?"

De repente, tuvo la certeza de que sus padres nunca debían enterarse de lo que hoy había llegado a saber.

"¡Lejos quiero morir, lejos de mi tierra natal!"

Era noche cerrada cuando Liam llegó a casa. Su madre aún estaba levantada. Se había angustiado por su ausencia. Él pretextó haberse quedado dormido junto al lago de montaña. La madre se preocupó:

"El anochecer se ha vuelto frío. Seguro que te has resfriado. Toma, coge mi manta caliente. ¡Arrúllate bien! ¡Duerme bien!"

Liam no se negó. La bondad de su madre no podía rechazarla ahora. Después de que ella lo reconfortó con leche caliente, subió rápidamente a su lecho bajo el techo. Al dormirse, su mano derecha rodeó la cápsula de la muerte, y luego escuchó los latidos de su corazón, que palpitaba con tanta fuerza la melodía de la vida.

En las semanas siguientes, sobre todo la madre notó que Liam había cambiado. Se había vuelto tan serio y callado, apenas reía y bromeaba con sus hermanos. Pero el padre elogiaba lo indómitamente que trabajaba el muchacho. Sí, ese llegaría lejos en cualquier parte del mundo.

Fue en la víspera del 19º cumpleaños de Liam. Los hermanos ya dormían todos. El padre, la madre y su hijo mayor estaban sentados junto a la chimenea y desgranaban lana. De repente, Liam preguntó:

"Padre, me dijiste una vez algo sobre un Jinete de las Estrellas que me regaló la cápsula cuando estuvo en esta casa la noche de mi nacimiento. ¿Cómo era ese jinete? ¿Tenía un rostro bondadoso?"

"Sí, eso ya hace mucho tiempo, hoy puedo contártelo."

Y ahora el padre relató, paso a paso, los sucesos de aquella noche de tormenta.

"Y aquí, en este banco en el que estás sentado, Liam, pasó la noche el distinguido señor."

"¿Su rostro? – Cuando estaba sentado junto a la chimenea, de repente, saliendo del sueño, abrió sus oscuros y centelleantes ojos. Eran unos ojos severos, pero buenos. Creo que podía amar mucho a la gente. También quería ayudarnos. Su voz, su corazón estaban conmovidos cuando me entregó la cápsula. Cuando se marchó cabalgando, encontré bajo la jarra de leche, junto a la chimenea, una moneda de oro que él había dejado. Con eso

podimos comprar tres ovejas, y hoy son veinte. ¡Un señor sabio, un buen señor! Una vez, aquella noche, cuando gritaba así fuera, me pareció que estaba loco. Quizás se inventó o se imaginó eso de las estrellas. No lo sé. Pero iba en serio, el señor; tenía un buen caballo, de raza noble."

Cuando Liam estaba en la buhardilla, tumbado en su jergón de paja la noche siguiente, tardó mucho en conciliar el sueño. Se revolvía de un lado a otro, de modo que a veces crujía la viguería. Cuando finalmente se durmió, gemía en voz alta y decía palabras apresuradas e incomprensibles. El padre, que despertó por ello, subió a oscuras la escalera hasta Liam, le puso la mano encima y preguntó:

"¿Estás enfermo? ¿Qué te pasa? Tu sueño es tan inquieto. Vas a despertar a los hermanos."

"Padre, no me pasa nada, habré tenido un mal sueño."

"Liam, piensa en nuestra ternera que parió la vaca, entonces te vendrá un sueño mejor."

Cuando el padre volvió a estar abajo, Liam supo:

"Sí, debo irme, a tierras extrañas. Mis hermanos menores trabajan bien. La vergüenza de que me ahorquen en público no debe caer sobre mis buenos padres. Me iré pronto."

Tras esta decisión, una gran tranquilidad se apoderó de él. Mañana hablaría de ello con sus padres.

Cuando al día siguiente, temprano, subía con su padre al campo más elevado, se armó de valor:

"Hoy recogemos las últimas patatas, luego, durante el largo invierno, no hay trabajo que mis hermanos no puedan hacer. Así que déjame, padre, salir al mundo, para buscar fuera trabajo y ganarme la vida. Cuando haya ahorrado algo de dinero, podré pagar por vosotros la renta al señor."

El padre se detuvo sorprendido, examinó a su hijo y reflexionó una respuesta.

"Liam, no quiero echarte. Tu madre te quiere tanto. Pero tienes razón, alguna vez tiene que ser, y la cosecha de este año ha sido algo escasa. En el mundo te las arreglarás bien, solo espera hasta Navidad. Ya falta poco. ¡Habla con tu madre!"

Esto ocurrió esa misma tarde. La decisión de Liam no pareció sorprender a su madre. Aunque su voz se suavizó cuando dijo:

"Lo esperaba, Liam. Sé que ese pensamiento te ha causado noches inquietas. Pero prométeme que volverás."

"Sí, madre, si Dios quiere, volveré."

En el tiempo siguiente, Liam redobló su ayuda. Para los animales, renovó el techo del establo, cortó sauces junto al arroyo y tejió un cercado protector para las ovejas. Trilló el grano con su padre. Para sus hermanos talló juguetes y para su hermanita una muñeca con pelo de lana blanca. Así llegó la Navidad. La Nochebuena era clara y fría, cuando la familia caminaba sobre la leve nieve a través de la collada de la montaña hacia el valle vecino para la misa del gallo. Liam llevaba a su hermanita, bien abrigada, dentro de un saco de patatas que había colgado sobre su espalda. Ella bromeaba

con él, tirándole a veces de la oreja derecha, a veces de la izquierda, cuando indicaba la dirección. El padre y la madre llevaban de la mano a un niño cada uno. Patrik, el segundo mayor, caminaba delante con un largo palo y una linterna como "buscador del camino". Liam sentía que los echaría a todos de menos.

- "Ellos no deben enterarse nunca de mi desgracia y mi vergüenza, cuando muera en la horca. Me iré muy lejos, incluso adoptaré otro nombre. Así, nunca les llegará una noticia funesta."

Arriba, en la collada, hicieron un breve descanso. Desde lejos, se veían luces que se acercaban a la iglesia del valle desde las distintas laderas. Cuando sonaron las campanas, la familia se arrodilló en los bancos con la comunidad. Incienso, luz de velas, canto y sonido de campanas y, en el pequeño altar lateral, las figuras del belén. Liam no rezó por sí mismo. Su destino estaba determinado; pero rezó por los suyos, para que las estrellas les fueran propicias.

Una semana después, Liam partió hacia el nuevo año, con el bastón sobre el hombro. Un hatillo con ropa y algo de comida se balanceaba en él. Caminaba por el mismo camino que diecinueve años antes había traído al Jinete de las Estrellas.

Varias veces se volvió, saludando con la mano a los suyos, hasta que dobló un recodo de la colina y su casa paterna desapareció. Así abandonó Liam el norte y caminó hacia el este. Llegó a la región de Sligo. Como peón ambulante, no rehuía ningún trabajo, ayudó una vez tres semanas en una finca extrayendo turba y trabajó un tiempo con un herrero. Un día, un señor se apeó en la herrería, pues su caballo había perdido una herradura por el camino. Liam sostenía la pezuña del espléndido caballo durante el herrado, mientras el alto señor, sentado en un banco de piedra, observaba el trabajo. El señor observó cómo Liam acariciaba una y otra vez, calmándolo, el cuello y la crin de su caballo, y cómo éste, contra su costumbre, mantenía muy tranquilo el pie. Un buen muchacho, pensó el hombre, y preguntó al herrador:

- "¿Tienes un nuevo oficial?"

- "No", respondió éste, "mi oficial ha ido a visitar a sus padres por dos semanas. Para sustituirle, he contratado a este peón ambulante."

Cuando el lord pagó el trabajo y Liam le sostuvo el caballo y el estribo, el distinguido señor preguntó de repente:

- "¿Y qué harás tú cuando el oficial vuelva?"

- "Señor, buscaré otro trabajo."

- "Ven conmigo. Mi jardinero es viejo y puede usar tus fuertes brazos. El herrador te explicará dónde me encuentras. ¡Adiós!"

Y ya el caballo se alejó al trote con el señor. El herrador había abierto los ojos de par en par y le dijo a Liam:

- "¡Has tenido suerte! Lord Stanford es rico y, como inglés, no es tan orgulloso como para no hablar con un herrero y un campesino irlandeses."

Así, Liam pasó de la herrería al servicio de Lord Stanford, a quien pertenecían amplios territorios de esta región y en cuyo jardín del castillo había comenzado la plantación de primavera. Cuando Liam fue presentado al viejo jefe de jardineros, observó a algunos ayudantes que realizaban con desgana sus trabajos de tierra. El jefe de jardineros le indicó que se ocupara con ellos de arreglar los parterres frente al castillo. A Liam le llamó la atención que apenas se había ido el maestro, los muchachos empezaron a hacer tonterías, a armar jaleo con piedrecitas, a sentarse en el muro, y pronto él estaba trabajando solo. Naturalmente, enseguida se burlaron de él, pero Liam dijo:

-Lo hago como estoy acostumbrado desde mi casa."

Poco a poco, el jefe de jardineros notó que el nuevo realizaba todo el trabajo asignado de forma fiable y rápida. Gradualmente, le encargó trabajos más difíciles, y le enseñó a injertar árboles y a hacer vástagos de rosas. Liam encontraba cada vez más gusto en su nueva profesión y procuraba satisfacer a su maestro.

Así ocurrió que al año siguiente fue nombrado suplente del jefe de jardineros y que los ayudantes, que llevaban mucho más tiempo allí, tenían que realizar sus trabajos bajo su supervisión. Naturalmente, fue envidiado por ellos, y más de una vez intentaron murmurar de Liam, calumniarlo, ante el jefe de jardineros. Una vez se dijo que no había regado una semilla germinada, que por ello se secó. Otra vez se declaró un incendio en el cobertizo de herramientas, que se quiso achacar a un descuido de Liam. Pero el maestro caló a los muchachos y no permitió que se acusara a Liam injustamente.

Así pasó el segundo verano en la finca de Lord Stanford, e incluso los ayudantes parecieron resignarse a la posición privilegiada del competente y camarada Liam. Éste ya había ahorrado más dinero del que su padre debía pagar por la renta anual. Así que pensó en cumplir, a finales del verano, antes de que le alcanzara su fatalidad, la promesa hecha a su madre y volver a casa una vez más. Anhelaba volver a ver a sus seres queridos, hacerles regalos y llevarles el dinero ganado. Cuánto le habría gustado vagar una vez más por el tranquilo y hogareño valle con sus arroyos murmurantes y darse un último baño en la charca del páramo en medio del brezo florido. Pues estaba firmemente convencido de que la profecía que llevaba consigo se cumpliría, aunque no podía explicarse qué culpa podía imputársele.

No quedaba mucho tiempo que perder; pues el mes de septiembre se acercaba a su fin. Así que, cuando se hubieron recogido los frutos, pidió un permiso de catorce días para visitar a sus padres. El maestro de caballerizas, con quien Liam se había llevado bien y que ocasionalmente lo llevaba a cabalgar con él, accedió a prestarle un caballo para su viaje, para que el largo camino fuera menos penoso. Había conseguido regalos para padres y hermanos y lo había empaquetado todo en una vieja bolsa de viaje que también le había prestado el maestro de caballerizas.

Antes de que Liam partiese –su caballo estaba ensillado en el patio de caballos–, buscó en el parque al jefe de jardineros para despedirse de él. Entonces, uno de los ayudantes de jardinero, el más vago de todos, se acercó sigilosamente a su caballo, abrió sin ser visto las correas de la bolsa de viaje. Metió el brazo profundamente, ató las correas apresuradamente y desapareció.

"¡Hasta la posada de Dromore por hoy!" gritó Liam al despedirse al maestro de caballerizas, "¡y mañana hasta Ballina!"

Liam no pensaba ahora en su cápsula, ni en una fatalidad amenazante. Un puro gozo de regreso a casa llenaba su alma.

Al día siguiente de su partida, la esposa del lord descubrió que faltaba una valiosa joya de oro con piedras preciosas de su joyero. Llamó a su Ayuda de cámara, que estaba confabulado con el artero mozo de jardinería. Éste se encogió de hombros al principio, pero enseguida comentó:

"Oh, señora, he notado que ayer el mozo de jardinería Liam, antes de irse cabalgando, estaba de repente aquí arriba, en el pasillo de la casa. Cuando me vio, bajó rápidamente y azorado la escalera. Poco después, ¡oí su caballo alejarse al trote!"

Al señor le contaron todo esto, e inmediatamente ordenó a su joven sobrino, que estaba de visita en su casa, que con dos mozos de cuadra persiguiera al ladrón y lo trajera de vuelta atado. Salieron a la carrera con los caballos más rápidos.

En la segunda tarde de su viaje, a altas horas, cuando Liam se dirigía a su habitación en la posada de Ballina, oyó fuera el tropel de caballos. Poco después llamaron a su puerta. El posadero estaba delante con la linterna y detrás de él, en la penumbra, tres hombres. Antes de que Liam pudiera reaccionar, los tres irrumpieron en su dormitorio, y con asombro reconoció los rostros que le eran familiares. El joven noble lo increpó con dureza:

"¡Entrega la joya de oro que le robaste a mi tía!"

Liam palideció, retrocedió involuntariamente dos pasos y dijo, confundido por la sorpresa, con un tono algo vacilante:

"¿Joyas de oro? No sé nada de eso. ¡Aquí está mi equipaje!"

Con una señal del noble, los mozos de cuadra vaciaron todo el contenido de la bolsa de viaje al suelo, todo lo que Liam había empaquetado cuidadosamente para los suyos. Encima de todo brillaba la joya de oro.

Ocurrió lo que tenía que ocurrir. Liam fue atado y llevado a la cuadra, donde lo custodiaron los dos soldados. Su habitación la ocupó el noble. Sobre el duro empedrado yacía Liam, sujeto con una cadena de hierro a un anillo para caballos, y no podía dormir. Sí, así tenía que ser, y nadie le creería que no sabía nada de la joya de oro. Al día siguiente fue atado a su caballo y trasladado a la prisión de la ciudad de Sligo. Le habían quitado todo, solo le quedaba la cápsula de la desgracia bajo su camisa.

A las dos semanas fue llevado ante el juez instructor. Intentó, con palabras algo apagadas, afirmar su inocencia. Los hechos hablaban en su contra. Liam sabía que en esa época el robo con hurto se castigaba con la pena de muerte. Cómo había llegado la joya a su bolsa de viaje, lo intuía; pero el juez no atendió a suposiciones, tanto más cuanto que el hecho y el testimonio del Ayuda de cámara eran inequívocamente claros.

Tres días antes del 21º cumpleaños de Liam estaba fijada la vista pública, en la que un juez de distrito de Dublín debía pronunciar la sentencia de muerte. Liam aguardaba ese día con dolorosa resignación. ¡Qué bueno que sus padres nunca se enterarían de nada! No era con su destino con lo que luchaba, pero que no pudiera volver a ver a su madre, a su padre, a los hermanos y a su amado valle, era algo que le angustiaba en su estrecha celda.

Llegó el día de la última vista. Curiosos acudían de todas partes. Del servicio del cercano castillo de Stanford había algunos, también los ayudantes y el ayuda de cámara. Una criada comentó:

"Así es cuando vagabundos desconocidos se ganan rápidamente el favor y son puestos por encima de otros. ¡Ni siquiera puede nombrar a sus padres y no sabe dónde nació, el pícaro!"

Cuando llevaron a Liam a la sala del tribunal, el juez acababa de pronunciar la sentencia de muerte a otro reo. Al pasar, Liam vio los ojos espantosamente abiertos del condenado por robo de caballos y le pareció extraño no sentir él mismo ningún miedo a la muerte cercana. Lo llevaron a un banco lateral. El juez, vestido según la costumbre de la época con peluca blanca y manto negro, leía los papeles y fijó una mirada larga y grave en el acusado. Éste la sostuvo sin pestañear. Ahora llamaron a los testigos que habían descubierto la joya en la bolsa de viaje. Cuando el juez preguntó a Liam si tenía alguna explicación que dar, permaneció en silencio. Entonces tomó la palabra el viejo jardinero, que se había presentado como testigo de descargo. Elogió la probada honestidad y fiabilidad de Liam. Una vez más, el juez pidió al acusado que se manifestara. Las buenas palabras del jardinero habían fortalecido el valor de Liam. Se levantó y se acercó al juez. De cerca, percibió en sus ojos un cálido brillo humano, como solo puede nacer de mucha compasión. También esos ojos le dieron valor. Le pareció que una voz interior le llamaba:

"¡Cuéntale tu secreto!"

Ahora el juez se dirigió a él:

"Acusado, todas las pruebas hablan en tu contra. ¿Qué tienes que decir como última palabra antes de que pronuncie mi sentencia?"

"Señor, conozco su sentencia. Dentro de tres días, en mi 21º cumpleaños, seré llevado a la horca."

El juez retrocedió sorprendido:

"¿Puedes leer el pensamiento de las personas? – En efecto, dentro de tres días llega el veredicto de Dublín a esta ciudad. Solo yo lo sabía hasta ahora. Ejecutará dos sentencias de muerte, y la tuya es una de ellas. ¿De dónde has sacado, acusado, este conocimiento?"

En la sala se había hecho un silencio tal que se habría oído el zumbido de una mosca. De un tirón, Liam sacó ahora la cápsula, partió la nuez con los dientes, se acercó a la mesa del tribunal, alisó a la vista de todos los presentes el papel arrugado y lo deslizó bajo los ojos del juez. Toda timidez lo había abandonado, y con voz clara habló, audible para todos:

- "Este papel lo escribió un hombre versado en las estrellas que, en la noche de mi nacimiento, encontró refugio en nuestra casa ante la tormenta. Se lo dio a mi padre. Desde mi séptimo año tuve que llevarlo siempre colgado al cuello. Hace dos años, al bañarme, las mitades se abrieron y leí que en mi 21º cumpleaños sería ahorcado inocente, y eso es dentro de tres días."

El juez había tomado el papel con ambas manos. Al leerlo, palideció, pues reconoció inmediatamente su propia letra, firmada con las iniciales de su nombre.

En la sala reinaba un silencio absoluto. Lentamente, el juez bajó ahora el papel amarillento, inclinó la cabeza recordando. Y allí estaban ante él: las imágenes y angustias de aquella noche de tormenta, la cabaña solitaria, el campesino y – los astros. Ahora miró a Liam a lo más hondo de los ojos y preguntó lentamente, monótono:

- "¿Sabes tú o sabía tu padre quién escribió este papel?"

- "No, señor, mi padre lo llamaba el Jinete de las Estrellas y a veces también el Jinete de la Tormenta, pues en aquella noche una terrible tormenta lo había llevado a nuestra casa."

El juez alzó la cabeza y habló en voz alta, para que todos pudieran oírlo:

- "¡Acusado, quiero decirte quién escribió esta hoja – fui yo mismo!"

Por la sala corrió un susurro de alivio. Palabras contenidas de asombro, de compasión, surgieron. El juez se volvió ahora hacia sus colegas y escribientes:

- "Eran tiempos inquietos, hace más de veinte años. Los soldados recorrían el país robando; había estallado una disputa entre familias dirigentes. Yo tenía que llevar un mensaje urgente de Dublín al norte, para que esta región no se pusiera del lado equivocado en una guerra. También tenía que visitar un castillo en la península de Belmullet, que pertenecía a mis parientes, los Bingham. En aquella noche de tormenta encontré refugio en el camino, en la casa donde nació el acusado."

El juez calló un momento, pues ¿cómo iba a revelar aquí, ante el pueblo reunido, el secreto de que la astrología lo ocupaba? Bajó la voz, de modo que solo los más cercanos pudieran oírlo:

- "La influencia de los astros en el destino humano es un saber y un estudio de mis antepasados que ha llegado a mí. En tu noche de nacimiento, acusado, las estrellas del destino tenían una posición raramente mala respecto a la luna, y yo sabía que esto, en tres veces siete años, conduciría a una catástrofe vital. También pude reconocer que esto aparentemente se relacionaba con dinero o bienes, cuyo daño ya entonces se castigaba con la horca. Cualquier retraso de tu nacimiento habría mejorado la constelación. Ya no se pudo hacer lo suficiente. Me venció el agotamiento, y así escribí temprano por la mañana esta hoja, para que te diera consuelo cuando la fatalidad tuviera que caer sobre ti. – Pero ahora reconozco que tú, sin embargo, naciste fuera de la zona de muerte. Un buen destino me ha hecho tu juez."

En Liam comenzó a rugir la sangre, a martillear. Casi se mareó ante el pensamiento:

-¡Puedo ser libre, vivir, vivir!

El juez se levantó de repente, dejó que sus ojos recorrieran la multitud reunida y gritó con voz clara:

"¡Anuncio el veredicto! Es inapelable según la ley. ¡El acusado es inocente! Queda en libertad. Hay que encontrar a otro que le haya imputado a él este terrible acto."

Entonces el juez divisó en el fondo de la sala un forcejeo agitado. Una figura masculina intentaba abrirse paso hacia la puerta para huir. Con tono de orden, gritó en voz alta:

"¡Nadie abandone ahora la sala! ¡El que acaba de querer desaparecer, que se acerque a mi mesa!"

Era el Ayuda de cámara, al que el guardia de la puerta empujó ahora hacia delante, hacia la mesa del juez. Ante los claros ojos del juez ya no cabía la negativa. El Ayuda de cámara confesó su complot con el ayudante de jardinero, que lo había instigado a ello. Y señaló con el dedo a éste, que estaba de lado detrás de una columna de madera. Ambos fueron llevados inmediatamente a la celda de Liam y condenados más tarde a trabajos forzados en las Islas Occidentales.

Cuando el juez terminó la vista, Liam se arrojó a sus pies y dejó correr libremente sus lágrimas. El juez lo levantó, abrazó al tan probado y dijo:

"¡Saluda de mi parte a tu padre, a tu madre! Da las gracias a Aquel que gobierna sobre las estrellas. Él ha dado un buen giro al astro fatídico."

La noticia llegó como un rayo al castillo de Lord Stanford. Cuando el viejo maestro jardinero y Liam entraron juntos en el patio, el señor, su esposa y el servicio habían salido al exterior para recibirlos con alegría.

No es de extrañar que Liam, en poco tiempo, no solo estuviera al frente de la jardinería. señor, debido a su fiabilidad, lo ascendió pronto a administrador de su gran finca.

Pero antes de que esto ocurriera, a Liam se le permitió emprender inmediatamente el viaje a sus padres y hermanos y volver a ver su vieja tierra natal. Así ocurrió que celebró su 21º cumpleaños en el tranquilo valle, en la casa blanqueada con cal. Pero la historia de su destino permaneció inolvidable en el norte de Irlanda y se sigue contando hasta el día de hoy.

Aportación de ideasWaldorf

<https://ideaswaldorf.com/armonia-de-las-estrellas/>